

pasión por la vida, acababan de sufrir rudo golpe.

—¡Ah, querida mía! ¡Y tú, pobreta! Lo hacéis creyendo labrar mi felicidad, ¿no es así? Pero ¡ay! ¡Qué desgraciados vamos á ser!

II

Al día siguiente, Clotilde se despertó á las seis de la mañana. Se había acostado enfadada con el doctor á consecuencia del pique de la vispera, y sus primeras impresiones fueron un sentimiento de malestar, una pena sorda, una necesidad inmediata de hacer las paces para quitarse de encima aquel enorme peso.

Echándose al suelo ligera, fué á entreabrir las hojas de las dos ventanas. El sol, ya alto, proyectó en la pieza dos barras de oro. La clara mañana enviaba frescos efluvios de alegría á la estancia soñolienta, empapada en sano olor de juventud. La joven, sentada ahora á la orilla del colchón, se quedó pensativa un instante, sin más vestidura que su estrecha camisa, que parecía adelgazarla más aún, con sus canillas prolongadas como husos; su esbelto y fornido tronco, su pecho y cuello redondeados, sus

brazos torneados y flexibles, y aquella nuca y aquellos hombros adorables, que eran leche pura, seda blanca y tersa de infinita suavidad. Por mucho tiempo—durante la edad ingrata, que comprende desde los doce hasta los diez y ocho años—había parecido demasiado alta y desgavilada, y trepaba á los árboles como un chico. Pero después, de aquel zanguango sin sexo surgió la delicada criatura, puro embeleso y amor.

Continuaba mirando las paredes con ojos distraídos. Aunque la Souleiate databa del siglo último, debió de remozarse bajo el primer imperio, porque aún subsistía allí una tapicería de indiana estampada, figurando bustos de esfinges sobre un fondo intrincado de guirnaldas de roble. La indiana, de un rojo subido en su día, se había vuelto de un color rosa indefinido que tiraba á naranja. Quedaban en pie las colgaduras de las dos ventanas y de la cama; pero, habiendo sido preciso lavarlas, se habían quedado más descoloridas aún, aunque, á decir verdad, era exquisito aquel tinte de púrpura apagado, aquel tono de aurora, tan delicadamente suave. En cuanto á la cama, se caía de vieja, hasta el punto de que fué menester sustituirla con otra de una pieza in-

mediata, imperio también, baja y muy ancha, de caoba maciza guarnecida de cobre, y cuyas cuatro columnas ostentaban asimismo bustos de esfinges semejantes á los de la tapicería. Con lo dicho corría parejas el resto del mueblaje: un armario de hojas macizas y de columnas; una cómoda de mármol blanco, circuida de una galería; una Psiquis alta, monumental; un diván inmenso de patas tiesas, y sillas de respaldo derecho, en forma de lira. Pero un cubrepiés hecho de una antigua falda de seda Luis XV, daba animación al majestuoso lecho situado enfrente de las ventanas; un montón de almohadones tornaba muelle el duro diván, y había juntamente dos *étagères* y una mesa, vestidas asimismo de sedas viejas recamadas de flores, que habían aparecido en un armario empotrado en la pared.

Por fin, Clotilde se puso las medias, se echó encima una bata de piqué blanco, recogió con las puntas de los pies sus babuchas de lona gris, y se dirigió al tocador, una pieza trasera que daba á la otra fachada. Estaba tapizada sencillamente de cutí crudo á rayas azules, y no contenía más que muebles de abeto barnizado—el tocador, dos armarios y sillas.—Allí, no obstante, desple-

gaba su dueña una coquetería natural y delicada, revelándose toda una mujer; su coquetería había brotado al par que su belleza. En medio de los resabios de muchacho testarudo que aún conservaba á veces, veíase ahora la criatura tierna y sumisa, ganosa ante todo de cariño, sin haber aprendido nunca más que á leer y á escribir, aunque adquiriese luego, por su cuenta, con ayuda de su tío, una instrucción bastante vasta. Pero no se habían ajustado á plan ninguno; el doctor no había querido hacer de ella un fenómeno, y la muchacha llegó á apasionarse solamente por la historia natural, cuyo estudio le abrió los ojos sobre todo lo referente al hombre y á la mujer. Y conservaba su flor de virgen, como fruto que ninguna mano ha tocado, gracias sin duda á su expectación secreta y religiosa del amor, ese profundo sentimiento femenino que le hacía reservar el don de todo su ser, su entrega absoluta, para el hombre á quien amase.

Se recogió el pelo, se lavó á chapuz, y, cediendo á su impaciencia, volvió á abrir suavemente la puerta de su habitación, y se aventuró á atravesar de puntillas, sin hacer ruido, la espaciosa sala de trabajo. Todavía

estaban cerradas las maderas, pero veía lo bastante para no tropezar con los muebles. Cuando estuvo en el extremo opuesto, delante de la puerta de Pascual, se inclinó, conteniendo la respiración, ¿Se había levantado ya? ¿Qué estaría haciendo? Le oyó andar despacio, como si se vistiese. Jamás entraba en aquella pieza, donde él solía ocultar ciertos trabajos especiales, y que siempre permanecía cerrada como un tabernáculo. Sintió una zozobra: la de verse sorprendida, si el doctor abría la puerta; y experimentaba una gran agitación, mezcla de orgullo sublevado y de deseo de aparecer sumisa, en medio de una fiebre, de un estremecimiento, de un escalofrío desconocido hasta entonces. Hubo un momento en que su ansia de reconciliarse fué tan poderosa, que estuvo á punto de llamar. Pero al oír acercarse las pisadas, echó á correr como una loca.

Hasta las ocho siguió devorada por una impaciencia creciente. A cada minuto miraba el reloj de la chimenea, un reloj imperio de bronce dorado, que figuraba el Amor recostado en un pilar, desde donde contemplaba sonriendo al Tiempo dormido. A las ocho era cuando solía bajar al comedor para

desayunarse en compañía de Pascual; y mientras llegaba la hora, se arregló con minucioso esmero; se peinó, se calzó, y se puso un vestido blanco de lunares encarnados. Después, teniendo aún por delante un cuarto de hora, satisfizo un antiguo antojo: se sentó á coser un encaje, una imitación de *chantilly*, á su blusa de trabajo, aquella blusa negra que acababa por parecerla demasiado masculina y poco mujeril. Pero, al dar las ocho, dejó su labor y bajó presurosa.

—Va V. á almorzar sola en el comedor— dijo tranquilamente Martina.

—¿Pues?...

—Sí; me ha llamado el doctor para que le llevase el huevo, y entreabrió la puerta para que se lo diese. Ya está otra vez con su mortero y su filtro. No le veremos hasta el mediodía.

Clotilde se quedó parada, con el semblante pálido. Bebió la leche de pie, se llevó el panecillo y siguió á la criada hasta la cocina. Aparte de esa cocina y del comedor, no había en la planta baja más que un salón abandonado, donde se encerraba la provisión de patatas. En otros tiempos, cuando el doctor recibía clientes en la casa, tenía allí la consulta; pero desde hacía años se había

subido á su cuarto la mesa y el sillón. Y ya no había más que otra pieza pequeña, el cuartito de la criada, muy aseado, con una cómoda de nogal y una cama monástica guarnecida de colgaduras blancas.

—¿Crees tú que se ha puesto otra vez á fabricar su licor?

—¡Toma! Las señas son mortales. Ya sabe V. de sobra que, cuando le da por ahí, no se acuerda de comer ni de nada.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío!

Y mientras Martina iba á arreglar su cuarto, Clotilde cogió una sombrilla de la percha del vestíbulo, y fué á comerse su panecillo al jardín, desalentada, sin saber ya en qué pasar el tiempo hasta el mediodía.

Hacia cerca de diez y siete años que el doctor Pascual, resuelto á dejar su casita del pueblo nuevo, había adquirido la Souleiate en veinte mil pesetas. Así realizaba su deseo de vivir retirado, y de ofrecer también mayor espacio y alegría á la niña que acababa de enviarle de París su hermano Saccard. Esa Souleiate, situada á las puertas de la población, en una meseta que dominaba la llanura, era una gran finca antigua, cuyos extensos terrenos se habían reducido á menos de dos hectáreas á consecuencia de su

cesivas ventas y de la construcción del ferrocarril, que le había cercenado las últimas tierras de labor. De la casa, medio destruida por un incendio, no quedaba tampoco más que uno de los dos cuerpos primitivos, un ala cuadrada, de cuatro hastiales, como dicen en Provenza, con cinco ventanas en la fachada y cubierta de tejas grandes color de rosa. Y el doctor, que la había comprado completamente amueblada, se contentó con mandar reparar y completar las tapias de la cerca para estar tranquilo en su casa.

Generalmente, Clotilde amaba con pasión esa soledad, ese estrecho reino que podía visitar en diez minutos, y que conservaba, no obstante, algunos rastros de su pasada grandeza. Pero aquella mañana iba poseída de una cólera sorda. Se adelantó un momento por un terraplén, á cuyos dos extremos se elevaban dos cipreses centenarios, enormes ciprios sombríos que desde tres leguas se veían. De allí el terreno bajaba hasta el ferrocarril; muros de piedra seca sostenían las tierras rojas, cuyas últimas viñas habían muerto; y en aquellas especies de gigantescos escalones no brotaban más que filas raquíticas de olivos y almendros de follaje esmirriado. El calor era ya sofocante; Clotilde miró las

lagartijas que se escurrían por las piedras agrietadas, entre espinosas matas de alcaparros.

Después, como si la excitara el dilatado horizonte, atravesó las huertas de frutales y de legumbres que Martina se empeñaba en cuidar, á pesar de sus años, con la sola ayuda de un hombre que iba dos veces por semana para las faenas más penosas, y subió hacia la derecha á un pinarcillo, único resto del soberbio pinar que en época anterior cubría la meseta. Pero tampoco allí se encontró á gusto: las hojas secas crujían al andar, y de las ramas bajaba una tufarada resinosa. Costeó, pues, la tapia del cierre; pasó por delante de la puerta de entrada, que daba al camino de las Fenouillères, á trescientos metros de las primeras casas de Plassans, y desembocó al fin en la era, una era inmensa de veinte metros de radio, que hubiese bastado para demostrar la antigua importancia de la finca. ¡Ah! ¡Aquella vieja era, empedrada de guijarros redondos como en tiempo de los romanos; aquella vasta explanada, con su menuda hierba seca, semejante á oro, que parecía cubrirla un tapiz de alta lana! ¡Qué bien se le había sacado el jugo en otros días! ¡Qué correr, qué revol-

carse, qué tumbarse á la larga durante horas enteras, cuando nacían las estrellas en el fondo del cielo sin límites!

Clotilde había vuelto á abrir la sombrilla, y atravesó la era acortando el paso. Ahorase encontraba á la izquierda del terraplén: había dado la vuelta á la posesión. Fué á parar, pues, á espaldas de la casa, al grupo de plátanos enormes que proyectaban hacia esa parte una tupida sombra. Era el lado á que caían las dos ventanas del cuarto del doctor. La joven alzó los ojos, porque no se había acercado sino impelida de repente por la esperanza de verlo al fin. Pero las ventanas estaban cerradas; contrariedad que la hirió, como si hubiese sido un acto deliberado de dureza. Hasta entonces no echó de ver que seguía intacto su panecillo, é internándose en la arboleda, le clavó con ira sus hermosos dientes de muchacha.

Era un retiro delicioso esa espesura de plátanos, resto del antiguo esplendor de la Souleide. Debajo de aquellos gigantes de troncos monstruosos, apenas entraba luz, una luz verdosa, de una frescura exquisita en los días abrasadores del estío. En otro tiempo se había trazado allí un jardín francés, del cual no quedaban más que los res-

tos de boj, bien avenidos sin duda con la sombra porque habían crecido con pujanza, formando orlas de verdaderos arbustos. Y el encanto de ese umbrío retiro era una fuente, un humilde caño de plomo embutido en el fuste de una columna, de donde fluía constantemente, aun durante las mayores sequías, un chorro de agua del tamaño del dedo meñique, que iba á alimentar más lejos un estanque cubierto de musgo, cuyas verdosas piedras no se limpiaban más que cada tres ó cuatro años. Cuando se secaban todos los pozos de las cercanías, la Souleide conservaba su fuente, de que eran hijos centenarios, sin duda, los corpulentos plátanos. Día y noche, durante siglos murmuraba ese hilillo de agua, inalterable y perenne, su misma canción pura, de vibración cristalina.

Clotilde, después de vagar entre los setos de boj que le llegaban al hombro, entró á la casa por un bordado, y volvió á sentarse delante de una mesa de piedra, próxima á la fuente. Había allí algunas sillas rústicas, y era el sitio donde se tomaba el café. La joven afectaba no levantar la cabeza, como embebida en su labor. A veces parecía dirigir los ojos por entre los troncos de los árboles hacia las abrasadas lontananzas, hacía

la era, deslumbradora como una hoguera donde el sol ardía. Pero su mirada, en realidad, deslizándose tras las largas pestañas, subía hasta las ventanas del doctor. Nada se vislumbraba allí, ni una sombra. Y sentía una tristeza, un rencor creciente, al ver el abandono en que la dejaba, aquel desdén que parecía demostrarla desde el incidente de la víspera. ¡Ella, que se había levantado con tan vehemente deseo de hacer las paces! ¿A él no le corría prisa, por lo visto? ¡No la querría mucho cuando podía mostrar tanto tesón! Y poco á poco se oscurecía su espíritu, y volvía á acariciar pensamientos de lucha, resuelta de nuevo á no ceder en nada.

A cosa de las once, antes de poner el almuerzo en la lumbre, Martina se fué á acompañarla un rato, con la eterna media, que no soltaba ni aun al andar, cuando la dejaban libre los quehaceres domésticos.

—¿Sabe V. que sigue encerrado allá arriba, como un hurón, dándole á sus potingues?

Clotilde se encogió de hombros sin alzar la vista de la labor.

—¡Y si supiese V. lo que se cuenta, señorita! Razón tenía ayer doña Felicidad, al decir que es para que la salgan á una los colo-

res... A mí misma, á ésta que habla con V., me han dicho en mi propia cara que había matado á Boutin—ya sabe V., aquel pobre viejo que padecía de gota coral, y que se ha muerto en un camino.

Medió un silencio. Después, notando que volvía á nublarse el semblante de la joven, prosiguió la criada, acelerando el movimiento de los dedos.

—Yo, por mí, no entiendo una palotada; pero no puedo atravesar esos jaropes que hace... Y V. ¿qué dice, señorita? ¿La parecen bien esos potingues?

Clotilde levantó bruscamente la cabeza, cediendo á la ola de pasión que la arrollaba.

—Mira: yo no trato de saber más que tú, pero creo que se expone á tener mucho que sentir... A nosotras no nos quiere...

—¡Oh! ¡no ha de querernos, señorita!

—¡No, no nos quiere como nosotras á él!... ¡Si nos quisiese, estaría aquí, con nosotras, en vez de perder allá arriba su alma; en vez de destruir su felicidad y la nuestra, empeñado en salvar á todo el mundo!

Y las dos mujeres, poseídas de un sentimiento de celos, se miraron un instante con ojos inflamados de ternura. Sin hablar más, reanudaron su tarea, bañadas de sombra.

El doctor Pascual trabajaba en su cuarto muy alegre y sereno. Apenas había ejercido la medicina más que durante doce años, desde su vuelta de París hasta el día en que fué á retirarse á la Soulejade. Satisfecho con las cien mil y pico de pesetas que había ganado y colocado sobre seguro, se consagró casi exclusivamente desde entonces á sus estudios predilectos, conservando tan sólo una clientela de amigos, no negándose á ir á la cabecera de un enfermo, pero sin mandar jamás la cuenta. Cuando le pagaban, echaba el dinero en su gaveta, considerándolo como dinero de bolsillo para sus experimentos y caprichos,—aparte de sus rentas, con cuya cifra tenía lo suficiente. Y burlándose de la fama de extravagante que le había atraído su conducta, no gozaba más que en medio de sus investigaciones sobre las materias que le apasionaban. Para muchos era una sorpresa ver que aquel sabio, con sus dotes geniales y una imaginación demasiado viva que las perjudicaba, se hubiese quedado en una población oscurecida como Plassans, donde parecía que debían de faltarle todos los medios de trabajo. Pero él explicaba muy bien las ventajas que allí había descubierto: en primer lugar, un retiro

muy tranquilo, donde le complacía confinar-se, y en segundo, un terreno virgen, de continua investigación en lo tocante á los hechos de la herencia, su estudio favorito; puesto que se tataba de una localidad pequeña, donde conocía á todas las familias, y donde podía seguir el curso de los fenómenos que se guardasen más secretos durante dos ó tres generaciones. Por otra parte, estaba cerca del mar, é iba á él casi todos los veranos para estudiar la vida en el hervidero infinito donde nace y se propaga, en el fondo de las aguas inmensas. Y por remate, tenía allí, en el hospital de Plassans, una sala de disección, donde apenas iba nadie más que él; una sala espaciosa, clara y tranquila, donde habían pasado por su escarpelo, durante más de veinte años, todos los cadáveres que nadie reclamaba. Hombre, además, sumamente modesto, tímido y encogido, le había bastado permanecer en correspondencia con sus antiguos profesores y sus amigos nuevos, á propósito de Memorias muy notables que enviaba á veces á la Academia de Medicina. Carecía de toda ambición militante.

Lo que en un principio indujo al doctor Pascual á ocuparse especialmente de las le-

yes de la herencia, fueron algunos trabajos sobre la gestación. Como siempre, había tenido su parte el acaso, deparándole toda una serie de cadáveres de mujeres embarazadas, víctimas de una epidemia colérica. Después se puso al acecho de otras defunciones, completando la serie y llenando las lagunas, para llegar á conocer la formación del embrión y el desarrollo del feto en cada día de su vida intra-uterina; así logró trazar un catálogo de observaciones de lo más preciso y concluyente. Desde entonces, y en la base y raíz de sus estudios, presentóse ante él en su irritante misterio el problema de la concepción. ¿Por qué y cómo un ser nuevo? Cuáles eran las leyes de la vida, ese torrente de seres que forman el mundo? No se limitaba á los cadáveres; extendía sus disecciones á la humanidad viviente, movido por ciertos hechos que se repetían en su clientela, y poniendo en observación ante todo á su propia familia, que había llegado á ser el campo principal de su experiencia; tan precisos y completos eran los casos que presentaba. Desde aquel punto y hora, á medida que acumulaba y clasificaba hechos en sus apuntes, intentó una teoría general de la herencia que pudiese explicarlos todos.

Arduo problema, á cuya solución venía dando vueltas durante largos años. Había partido del principio de invención y del principio de imitación: la herencia ó reproducción de los seres bajo el imperio de lo semejante, y el innatismo ó reproducción de los seres bajo el imperio de lo diferente. En punto á la herencia, no admitía más que cuatro casos: la herencia directa, representación de los padres en la naturaleza física y moral del hijo; la herencia indirecta, representación de los colaterales, tíos y primos; la herencia regresiva, representación de los ascendientes á distancia de una ó varias generaciones; y, en fin, la herencia de influjo, representación de los consortes anteriores, por ejemplo: del primer varón que vino como á impregnar á la hembra para la concepción futura, aunque sin ser su autor.

En cuanto al innatismo, era el ser nuevo, ó que parece tal, y en quien se confunden los caracteres físicos y morales de los ascendientes, sin parecer traslucirse en nada. Volviendo luego sobre los dos términos del innatismo y la herencia, subdividió el segundo en dos casos: la selección del padre ó de la madre en el hijo—el predominio individual—ó bien la mezcla de uno y otro, y una mezcla

que podía revestir tres formas, ya por soldadura, ya por diseminación, ora por fusión, yendo del estado menos perfecto al más perfecto. Tocante al innatismo, no era posible más que un caso: la combinación, esa combinación química que puede hacer de dos cuerpos uno, totalmente distinto de los que contribuyen á formarlos. Tal era el resumen de un cúmulo importante de observaciones, no sólo en el dominio de la antropología, sino también de la zoología, pomología y horticultura. Pero lo difícil, después de reunidos esos múltiples hechos mediante análisis, era hacer su síntesis y formular la teoría que pudiese explicarlos todos. Aquí ya el doctor pisaba ese terreno movedizo de la hipótesis que cada nuevo descubrimiento transforma; y aunque no podía menos de buscar una solución, por la necesidad de conclusiones que el espíritu humano siente, el suyo, no obstante, era bastante amplio para dejar abierto el problema. Así, desde las gémulas de Darwin, desde su pangénesis, había ido á la perigénesis de Hæckel, pasando por las estirpes de Galton. Después tuvo la intuición de la teoría que Weismann debía hacer triunfar más tarde, convirtiendo su pensamiento hacia la idea de una sustan-

cia extremadamente fina y compleja, parte de la cual queda siempre en reserva en cada nuevo ser, para transmitirse invariable, inalterablemente, de generación en generación. Eso parecía explicarlo todo; pero ¡qué misterio tan infinito aún ese mundo de semejanzas que transmiten el espermatozoide y el óvulo, donde la humana vista no distingue absolutamente nada á favor de los mayores aumentos del microscopio! Y previendo de sobra que su teoría estaba destinada á caducar, no la aceptaba sino como una explicación transitoria, que satisfacía al estado actual del problema en esta perpetua investigación sobre la vida, cuyo origen, cuyo manantial primero parece que ha de sus- traerse eternamente á nuestras miradas.

¡Ah! ¡Qué asunto de meditaciones sin fin para él esa herencia! ¿No era totalmente inesperado y prodigioso que no fuese completa, matemática, la semejanza de los hijos con los padres? En lo referente á su familia, empezó por trazar un árbol lógicamente deducido, donde se distribuían mitad por mitad, generación por generación, la parte de influencia correspondiente al padre y la debida á la madre. Pero la realidad viva desmentía la teoría á cada paso. La herencia,

en vez de ser la semejanza, no era sino el esfuerzo hacia la semejanza, contrariado por las circunstancias y el medio. Y así llegó el doctor á lo que él llamaba la hipótesis del aborto de las células. La vida no es más que un movimiento, y siendo la herencia el movimiento comunicado, las células, al multiplicarse, se empujarán y estrujarán, desplegando cada una la energía hereditaria; de forma que si, durante esa lucha, sucumbiesen las más débiles, resultarían á la postre alteraciones considerables, órganos totalmente distintos.

El innatismo, la invención constante de la naturaleza á que él era refractario, ¿no dimanaba de ahí? ¿Sería él tan diferente de sus padres sólo por accidentes fortuitos, ó también á consecuencia de la herencia larvada en que había creído durante una época? Porque todo árbol genealógico tiene raíces que penetran en la humanidad hasta el primer hombre, y no se puede partir de un antepasado único; siempre cabe parecerse á un antepasado más remoto y desconocido. Dudaba del atavismo, no obstante; á pesar de un notable ejemplo de su propia familia, le parecía que al cabo de dos ó tres generaciones debía zozobrar la semejanza

al empuje de los accidentes, de las intervenciones, de las mil combinaciones posibles. Había, pues, una perpetua mudanza, una transformación constante, en ese esfuerzo comunicado, en ese poder transmitido, en ese impulso que infunde la vida á la materia y que es la vida toda. Y surgían múltiples cuestiones. ¿Existía un progreso físico é intelectual al través de las edades? ¿Se amplificaba el cerebro á favor del incremento de las ciencias? ¿Podía esperarse á la larga mayor suma de razón y de felicidad? Luego venían problemas especiales, y entre otros uno, cuyo misterio le desesperaba y sacaba de tino. ¿Cómo eso de salir niño ó niña en el acto de la concepción? ¿No se llegaría nunca á prever el sexo científicamente, ó, por lo menos, á explicarlo? Sobre ese punto había escrito una Memoria muy interesante, atestada de hechos, pero para venir á confesar, en resumen, la ignorancia absoluta en que se veía, después de las investigaciones más tenaces. Verdad es que si la herencia le apasionaba tanto, era por lo mismo que le parecía oscura, vasta é insondable, como todas las ciencias balbucientes de cuyo dominio se enseñorea la imaginación. En suma, un largo estudio que había reali-

zado sobre la herencia de la tisis, acababa de despertar en él la fe vacilante del médico, inspirándole la noble y loca esperanza de regenerar á la humanidad.

En resolución, el doctor Pascual no tenía más que una creencia, la creencia en la vida. La vida era la única manifestación divina. La vida era Dios, el gran motor, el alma del universo. Y la vida no disponía de más instrumento que la herencia: la herencia formaba el mundo; de suerte que, á conocerla y dominarla, el hombre hubiese hecho el mundo á su albedrío. El, por su parte, que había visto de cerca la enfermedad, el sufrimiento y la muerte, se sentía dominado por una compasión militante de médico. ¡Ah! ¡Concluir con las enfermedades, no padecer, morir lo menos posible! Su sueño le inducía á creer que podría anticiparse la felicidad universal, la ciudad futura de perfección y bienandanza, interviniendo activamente para dar la salud á todos. Cuando todos fuesen sanos, fuertes é inteligentes, no habría ya más que un pueblo superior, infinitamente sensato y feliz. ¿No se hacía en la India de un sudra un bramán al cabo de siete generaciones, elevando así al último de los miserables al tipo humano más perfecto? Y

como su estudio sobre la tisis conducía á la conclusión de que no era hereditaria; como, en su sentir, lo que traía al nacer todo hijo de tísico, era un terreno degenerado donde podía desarrollarse la tisis con facilidad asombrosa, no tenía ya más preocupación que fortalecer ese terreno empobrecido por la herencia, y prestarle energía con que resistir á los parásitos, ó, más bien, á los fermentos destructores que sospechaba debían existir en el organismo mucho antes de la teoría de los microbios. Dar fuerza: ahí estaba todo el intríngulis, y dar fuerza era también dar voluntad, ensanchar el cerebro consolidando los demás órganos.

Por entonces, leyendo un libro antiguo de medicina del siglo xv, le llamó mucho la atención un remedio denominado "rúbrica". Para tratar y curar un órgano enfermo, bastaba tomar de un carnero ó de una vaca el mismo órgano sano, cocerlo, y dar el caldo alpaciente. La teoría se basaba en la reparación por virtud de lo semejante, y en las afecciones del hígado, sobre todo, eran innumerables las curaciones, al decir de la añeja obra. La viva imaginación del Doctor empezó á dar vueltas al caso. ¿Por qué no probar? Puesto que él quería regenerar á los

débiles por herencia, á quienes faltaba la sustancia nerviosa, no tenía más que darles sustancia nerviosa normal y sana. Pero como el método del caldo le pareció infantil, se le ocurrió moler en un mortero sesos de carnero remojados en agua destilada, y decantar y filtrar después el licor así obtenido. Experimentó en sus enfermos ese licor mezclado con vino de Málaga, sin conseguir ningún resultado positivo. Empezaba á desanimarse ya, cuando un día tuvo de repente una inspiración, al punto de estar haciendo una inyección de morfina con la jeringuilla de Pravaz á una señora atacada de cólicos hepáticos. ¿Si probase á practicar inyecciones hipodérmicas con su licor? Y en caliente, apenas volvió á su casa, ensayó sobre sí mismo, haciéndose una picadura en los lomos, que renovó por la mañana y por la tarde. Las primeras dosis, de un gramo nada más, no surtieron efecto.

Pero después de doblarlas y triplicarlas, un día se despertó lleno de alborozo al sentirse ágil de piernas como á los veinte años. Subiendo así la dosis hasta llegar á los cinco gramos, vió que respiraba con más desahogo, y sobre todo, que trabajaba con una lucidez, con un despejo olvidado ya hacía mu-

cho. Era un bienestar general que le inundaba de alegría. Mandó, pues, construir en París una jeringa capaz para cinco gramos, y se sorprendió de los resultados satisfactorios que alcanzaba, reanimando á sus enfermos en algunos días, como á impulsos de una nueva oleada de vida vibrante y potente. No hay que decir, por supuesto, que era un método bárbaro aún, en el cual andaba á tientas, recelando toda clase de peligros, y temiendo, sobre todo, determinar obliteraciones si el licor no era de una pureza perfecta. Sospechaba, además, que la energía de sus convalecientes se debía en parte á la fiebre que les ocasionaba. Pero él no era más que un obrero, y el método se perfeccionaría después. ¿No era ya una maravilla hacer andar á los atáxicos, reanimar á los tísicos, y hasta dar horas de lucidez á los locos? Y ante este hallazgo de la alquimia del siglo xx, concebía una esperanza inmensa, creía haber descubierto la panacea universal, el balsamo de vida que iba á combatir la debilidad humana, única causa real de todos los males—una fuente milagrosa de rejuvenecimiento, que repartiendo fuerzas, salud y voluntad, renovaría totalmente al hombre, creando una humanidad superior.